

# Prostibulum

JUAN A. RODRÍGUEZ



## PRÓLOGO

**Wittenberg, Sajonia, 1534**

**P**ocos libros podrán llegar a ser considerados más infames, dañinos y mezquinos que el *Malleus Maleficarum*, o como también se le conoce en lengua no latina, *Der Hexenhammer*, “El Martillo de las brujas”. Llegará el día en que a todas las gentes el conocimiento de su contenido produzca incredulidad, luego un horror indescriptible y, por último, indignación, pues ningún libro podrá jamás causar tanta maldad en el mundo ni tener tan trágicas consecuencias como ha tenido su redacción, cuya tinta aunque guiada por las palabras de otros, solo yo plasmé en mi labor de escribano.

Tan maldita obra ha llegado a servir a sacerdotes y jueces católicos para llevar a la hoguera a cuantos ellos consideraron que rendían culto a la brujería.

Hoy, a pesar de la clarividencia que proporciona el tiempo, aún me pregunto, ¿cómo es posible que la Iglesia haya permitido actos así en nombre de la fe? ¿Cómo ha permitido que se realicen barbaridades como este terrible tratado? Y ¿cómo es posible que haya servido, sirva y siga haciéndolo en lo sucesivo, como guía para todo aquél que, en nombre de la misma Iglesia, pretenda investigar a las personas en busca de herejías y brujerías donde, con casi toda seguridad, no existen?

Desde que comenzó su redacción, solo unos pocos veíamos con asombro y terror lo que se escondía entre las líneas que trazaba mi pluma. En aquellos años los herejes y los brujos ya eran

considerados como vulgares traidores a la convivencia y los cánones eclesiásticos. Fueron (y siguen siendo) tiempos de una fuerte represión y de una gran rigidez en las normas sociales y religiosas. Ya hace siglos que la Iglesia persigue, incluso, a los cristianos más devotos y creyentes, pero aquellas persecuciones que inicialmente eran populares no tardarían en verse institucionalizadas. La Iglesia tenía que darles validez, y ya desde el Concilio Ecuménico de Letrán, en el año del Señor de 1215, se convirtieron en Leyes todas las sanciones a aquellos mal llamados herejes. De hecho, unos años después, en 1231, Su Santidad el Papa Gregorio IX instituyó la Inquisición como un órgano creado en principio para investigar y perseguir a cuantos se oponían a la preeminencia de la Iglesia. Pero la Inquisición no tardaría demasiado en convertir sus actividades en una auténtica caza y persecución de supuestos herejes, brujas, adivinos y blasfemos, a quienes, tres siglos después, se siguen achacando todos los problemas sociales y los supuestos hechizos que llevan por el mal camino a todas las gentes. Así surgió la necesidad de tener un auténtico catálogo que legitimara las oscuras acciones de la Inquisición. Fue la Bula *Summis Desiderantes Affectibus* la que instó a investigar y perseguir “legalmente” los delitos de brujería.

De mi puño y letra saldrían las palabras de tan nefasta bula, y poco después, del mismo puño y letra las páginas del tratado *Malleus Maleficarum*.

# **PRIMERA PARTE**

## **EL PERGAMINO**



# *I*

## **INOCENCIO VIII**

**P**ara hablarles de tan mezquino tratado he de remontarme cerca de cincuenta años atrás de la fecha actual. Hoy escribo desde el monasterio de los agustinos, en la ciudad de Wittenberg, en el año del Señor de 1534, pero solo remontándome al pasado podrá entenderse cuanto me aconteció mientras no era más que un joven e incauto novicio. Alimentada mi mano con la vana esperanza de denunciar aquellos lamentables hechos, se aventura a escribir este relato.

Ahora ruego a todos los cristianos a cuyas manos llegue este escrito que no dejen su lectura hasta la última de sus páginas. Solo de esa manera podrán entender todo lo que sucedió entre los rincones más sombríos de la iglesia de San Andrés de Colonia y durante los primeros años del pontificado de Su Santidad el Papa Inocencio, octavo de ese nombre. Cuando concluyan su lectura sabrán si este escrito tiene algún sentido o si su único destino debe ser el fuego y el olvido.

Mi afán por hacer conocer el pasado a la posteridad me hace rogar también a Dios para que me conceda la elocuencia de la que carezco a fin de relatarles cuanto aconteció en aquella abadía. Me he encomendado la labor de recordar mi juventud y relatar fielmente una historia, cuyas heridas aún no han cicatrizado cincuenta años de oraciones.

Todo cuanto leerán a continuación sucedió en la ciudad de Colonia desde el año del Señor 1484, un año difícil de olvidar, pues

una terrible helada acabó en aquellos meses con la práctica totalidad de las cosechas y, por ende, de las reservas de alimentos de gran parte de los habitantes de la citada ciudad de Colonia. Fue, pues, el año de la hambruna, del frío y de las lluvias. Pero sobretodo fue el año de las nieves y el hielo. De la noche a la mañana y con la llegada del mes de noviembre sopló un terrible viento helado que atravesó las llanuras y al que siguió una densa lluvia que caería inclemente durante varias semanas, arruinando los cultivos de la anterior primavera y destruyendo las escasas cosechas que habían llegado hasta el invierno. Entonces llegó el frío y con él la nieve. Para los campesinos y habitantes de los campos próximos a la ciudad, lejos de ser el paisaje hermoso al que estaban acostumbrados año tras año, esta vez el manto blanco que cubría los valles suponía un seguro augurio de muerte y desolación.

Solo era cuestión de tiempo que la culpa recayera sobre las brujas y sus hechizos pues, entonces, a ellas y sus encantamientos se atribuían todos los males que sufría la supersticiosa población alemana.

Gracias a los relatos de la historia que desde joven han pasado por mis manos pude entender que la llegada del año mil, hace ya quinientos años, había señalado una época apocalíptica de profecías sobre el fin del mundo, confirmando la doctrina según la que Cristo vendría a reinar a la Tierra mil años antes de su último combate contra Satanás.

Hoy parece que, aunque con cinco siglos de retraso, ha llegado ese anunciado fin del mundo, puesto que desde entonces hemos conocido con espanto los cuatro jinetes del Apocalipsis cabalgando libremente por Europa: el hambre, por las cosechas arruinadas y el incesante incremento de una población que había crecido en décadas anteriores de bonanza; la peste, que se cebaría en una población mal alimentada que no opondría resistencia a la epidemia negra extendida desde Crimea; y la guerra, con coronas como la de Castilla, Aragón, Francia o Inglaterra en constantes, devastadoras y sangrantes luchas entre sí.

El cuarto jinete, la muerte, llegó, créanme, hace más de trescientos años, de la mano de la Inquisición.



Pero antes de proseguir con el relato que viví cuando solo contaba con diecisiete años empezaré por hablarles de algunas de las personas que tuve la suerte (y, con otras, la desgracia) de conocer a muy corta edad. Cuando cumplí nueve años entré por intercesión de mi padre a trabajar con él al servicio del cardenal Giovanni Battista Cybo, nombrado como tal por Su Santidad el Papa Sixto IV tres años antes. Era en el año del Señor 1476 cuando me incorporaba a la Curia Romana como un jovencísimo novicio cuya labor consistiría en ejercer exclusivamente de escribano y amanuense de los muchos despachos y asuntos de la Santa Iglesia Católica. Según me decían, debía formarme para heredar, cuando estuviese preparado, la totalidad de las funciones que había desempeñado mi señor padre.

Dentro del estrecho círculo de religiosos que conformaban la Curia Romana, encargados en asistir a Su Santidad en el desempeño de sus funciones, había uno que, no perteneciendo a esa esfera de eclesiásticos y *oratores*, sino a la reducida aristocracia seglar que servía a los pontífices por tradición familiar, había colaborado estrechamente con el Santo Padre en calidad de copista laico. Su nombre, el nombre de mi padre, era Arnoldo Vanckel y fue él quien, mientras desempeñaba una extraordinaria labor de escribano y secretario personal del Papa, me empezó a enseñar cuanto necesitaba conocer para poder introducirme en palacio, también bajo el servicio papal, al tiempo que yo abrazaba como novicio la religión cristiana. Mi padre nunca dejó de recordarme que, como reconocimiento a sus labores por las que pasó la mayor parte de las horas de cada día, de cada uno de los últimos treinta años de su vida, pegado a una pluma y un pergamino, Su Santidad le había concedido el privilegio de aceptar a su hijo, a mí, como novicio a su cuidado y protección.

A la muerte de mi padre, catorce años más tarde que su amada esposa y mi madre, a la que nunca llegué a conocer, yo ya sabía leer y escribir perfectamente en varias lenguas, así como también conocía cuanto necesitaba saber para pasar a sustituirle al servicio de escriba y secretario del Papa Inocencio.

Ahora, en el crepúsculo de mi vida, ya soy un anciano casi septuagenario que recoge con grandes miedos, amargos sabores y cierta malicia sus recuerdos, sus terrores y el eco de voces e imágenes sobre personas malvadas, pero también de otras maravillosas y de las que quiero hablarles en este manuscrito, que ignoro si llegaré a finalizar algún día.

Todo relato debe comenzar con orden, o de lo contrario, corre el peligro de que su lector no comprenda nada de lo que en él aparece. Es éste y no otro, el motivo por el que he permanecido durante meses ordenando mis ideas, mis vivencias y mis desgracias, pues es crucial que se sepa cuanto aconteció en la ciudad de Colonia a fines del siglo pasado. Desde hoy y hasta que expire mi último aliento, dedicaré mis escasas fuerzas a que se tenga conocimiento preciso de los acontecimientos que se sucedieron en torno a la creación del *Malleus Maleficarum*.

Empiezo aquí mi relato de los sucesos.

Mi nombre es Servacio Vanckel. Como ya he dicho, he sido pupilo de papas y escriba al servicio de la Iglesia de Roma, a la que siempre he servido con lealtad y obediencia desde mi más tierna infancia. Recuerdo, sorprendido, lo afortunado que fui al poder estudiar en Roma a tan corta edad y prestar mis conocimientos y mi pluma a personalidades como los cardenales Filippo Calandrini, Rodrigo Borgia, el Papa Sixto, vicario de Cristo en la Tierra, o el también Cardenal Giovanni Battista, quien terminaría convirtiéndose en sucesor en el solio pontificio a la muerte de su antecesor, adoptando desde el mes de agosto en el año del Señor de 1484 el nombre de Inocencio.

A todos ellos y muchos más serví plasmando por escrito sus dictados, cartas y bulas, y copiando innumerables códices y tratados a la tenue luz de cientos y cientos de ya extintas velas. Así fue como aprendí varios idiomas, además de mi lengua paterna, el alemán, o el latín de los escritos, y como pude conocer y copiar volúmenes inalcanzables para la inmensa mayoría de los mortales, como el *Decretum* de Graciano o las Decretales Pontificias, en cuanto al derecho; los textos de Hipócrates, Avicena, Averroes o Galeno en

medicina; Donato, Quintiliano, Prisciano o Cicerón para el estudio del latín, y maravillosos ejemplares como *Del Amor a Dios* del cisterciense Bernardo de Claraval o *Las Sentencias* de Pedro Lombardo entre muchos más.

De esa manera crecí y estudié, y pasaron ocho años más desde que entrara al servicio de mi señor Giovanni Battista. No era más que un joven novicio, despierto y, como decía mi padre, de ojos grandes y espabilados. Era alto, espigado y rubio, esta última, una más de las muchas herencias que debo al origen germano de mi padre. Pero fueron mis ansias de saber, conocer y aprender lo que me hicieron ganarme la confianza del cardenal Giovanni.

Fue una triste y gris mañana, en el duodécimo día de agosto, en el año del Señor de 1484 cuando falleció Su Santidad el Papa Sixto. Como si el cielo llorase su pérdida, las nubes de un gris plomizo se cerraron y cayó una dura y persistente lluvia de verano que impediría el esperado y ceremonioso funeral, semejando que el cielo le negase cualquier reconocimiento a su alma pecadora. Aquella lluvia solo se detuvo dos días más tarde, cuando el catorce del mismo mes fuera llamado a desempeñar el ministerio petrino mi señor, el cardenal Giovanni Battista Cybo, desde aquel día, Papa Inocencio, octavo de ese santo nombre y uno de los más polémicos de cuantos sucesores haya conocido San Pedro.

Como por arte de magia, y aún al servicio de mi señor, mi trabajo cambió radicalmente, pasando desde entonces a dedicarme a despachar todos los escritos que me dictaba el Santo Padre. ¡Lástima que ninguno de mis padres hubiera sobrevivido unos años más para ver a su único hijo convertido en el secretario personal de Su Santidad!

Casi cuatro meses más tarde, en los últimos días del mes de noviembre, mi señor el Santo Padre me encargó escoger la vitela más hermosa y fina de cuantas guardaba y seleccionar las mejores plumas y tintas.

—Servacio —me dijo unos días después y tuteándome, costumbre a la que no había fallado a pesar de su nuevo nombramiento—, voy a dictarte un documento de suma importancia.

Para ello necesitaré que emplees tu mejor letra y toda la diligencia de la que seas capaz.

—Santidad —respondí agachando la cabeza y mostrándole respetuosamente mi rapada tonsura—, sabéis que siempre deposito el mayor de los esfuerzos en satisfaceros.

—Lo sé, joven Servacio, lo sé. Y es por eso por lo que solo confiaré en ti para que reproduzcas en las mejores pieles cuanto te dicte. En este caso será un documento relativo a materia de fe y deberá llevar mi sello pontificio. Es mi deseo que la bula sea conocida y archivada bajo el nombre de *Summis Desiderantes Affectibus*.

Acto seguido el Santo Padre se giró hacia el inmenso ventanal que se hallaba orientado hacia la plaza de San Pedro y comenzó a dictarme el escrito con el que comienza esta terrible historia.

## *II*

### **SUMMIS DESIDERANTES AFFECTIBUS**

**Roma, 1484.**

**A**quel santo hombre había alcanzado su nombramiento en el cónclave papal celebrado a la muerte Sixto IV, en el año del Señor de 1484. De aquel antecesor, el cardenal de nombre Francesco Della Rovere, se comentaba por los corrillos de palacio que era un gran amante del placer y la buena vida, y que por ello había dejado las arcas papales totalmente vacías. De ahí que, había oído, llegara a obligar a las prostitutas de Roma a pagar un tributo papal por sus servicios prestados. La idea había surgido tras el conocimiento del último censo por el que Roma no solo era la sede de Pedro, sino también de cincuenta mil prostitutas. Pero la recaudación llegó a ser insuficiente ante el generoso amor del Papa por el oro y las joyas, por lo que éste extendería el impuesto a las caras cortesanas que tenían relaciones sexuales con los altos miembros de la curia, los mismos obispos y clérigos a los que también terminó por aplicar dicho impuesto por tener relaciones sexuales con las cortesanas. Con todo y con ello, y a pesar de aquel impopular impuesto de ida y vuelta, el poco santo Padre terminó vaciando las desinfladas arcas pontificias, por lo que acabó extendiendo el impuesto sobre el sexo a todos aquellos sacerdotes que desearan tener una concubina oficial, y también a cuantos nobles ansiaran acceder a la cama de alguna bella y virgen hija de otra familia noble.

Así, la vanidad, la pomposidad, la avaricia, la gula y otros vicios similares eran algunos de los maderos que avivaban, día a día, el

fuego de los cotilleos que de boca en boca sobre él circulaban. Pero sobre todo, lo que se comentaba del Papa Sixto IV era que pasaba gran parte del día en sus estancias papales con amantes jóvenes, y no necesariamente del sexo contrario. De hecho terminó por ser de dominio público su afición homosexual, e incluso estar involucrado en un execrable caso de incesto con algunos de sus sobrinos, a los que terminaría por nombrar cardenales. Incluso se conoció que llegó a “*aceptar según se solicita*” la petición de la familia del cardenal de Santa Lucía de poder cometer sodomía durante los tres meses del año, de junio a agosto. No era de extrañar que, a su muerte, la chusma de Roma pretendiera asaltar el palacio papal con la intención de hacerse con su cuerpo para arrojarlo a las no menos sucias aguas del Tíber. Solo la dura y violenta acción de su guardia personal pudo impedirlo.

Hoy, más incrédulo y sabio que entonces, veo tales acciones, por sí solas, suficientes para hacer que el recuerdo del Papa Sixto sea eternamente vergonzoso. Pero en aquellos años yo no era más que un joven e ingenuo novicio. Un ambicioso pero todavía ciego y sordo muchacho, capaz de cerrar ojos y oídos ante tan increíbles habladurías. Y lo suficientemente ingenuo como para no percatarme de que su sucesor no era mejor que él.

Mi señor, quien formaba parte de una patricia familia genovesa, y como hijo de un senador romano, ya había tenido dos hijos ilegítimos antes de dedicarse a la santa madre Iglesia. Pero sería tras ser nombrado como sucesor de San Pedro cuando comenzaría a contraer el aterrador vicio de la sodomía, aprovechándose de las ambiciones de cuantos deseaban ascender en sus carreras dentro de la Iglesia de Roma (la misma ciudad que tendría buenas razones para llamarlo *padre*, dado que llegaría a tener ocho hijos varones y un número similar de hijas). Pero a diferencia de sus antecesores, mi señor sí reconocería abiertamente su bisexualidad y también a cada uno de sus hijos, a quienes bautizó en San Pedro y posicionó en trabajos y altas responsabilidades, incluso dentro de la curia. No era pues de extrañar que llegara a officiar las bodas de sus hijas, a las que asistieron impúdicamente cada uno de sus hijos y las muchas madres de éstos y aquéllas.

Pero entonces yo era aún un zagal imberbe incapaz de dar crédito a cuanto oía sobre mi idolatrado señor durante las comidas, en las cocinas, los jardines o los pasillos. Como también era incapaz de entender la profundidad de cuanto comenzaba a dictarme aquella tarde de diciembre el serenísimo rey de los romanos. Así que no dudé en mojar la punta de mi pluma entre los labios, introducirla en el tintero de hueso que había sobre la mesa y escribir el encabezado de la bula.

—Nos —comenzó a hablar con voz ronca y ceremoniosa—, *Inocencio, Obispo y Siervo de los siervos de Dios, para eterna memoria, anhelamos con la más profunda ansiedad, tal como lo requiere nuestro apostolado, que la Fe católica crezca y florezca por doquier, y que toda depravación herética sea alejada de los límites y las fronteras de los fieles. Y con gran dicha proclamamos los medios y métodos particulares por cuyo intermedio nuestro piadoso deseo pueda obtener su efecto esperado. Con ello, nuestra diligente obra y el celo por nuestra Santa Fe y su regular observancia quedarán impresos con más fuerza en los corazones de los fieles...*

Consciente de estar presenciando y protagonizando un momento histórico, y con la ingenuidad que proporcionan los pocos años que yo contaba entonces, me afanaba por seguir puntualmente cuanto me dictaba aquel hombre sin tener que interrumpirle. Combinaba velocidad con precisión. Entusiasmo y felicidad a partes iguales. Y así, sin casi entender cuanto salía de mi pluma, toda mi ambición consistía en transcribir con mi mejor letra todo lo que salía de sus labios, sin detenerme a intentar comprender cuanto rasgaba en un inmenso pergamino de excelente calidad.

—...*En los últimos tiempos llegó a nuestros oídos, no sin afligirnos con la más amarga pena, la noticia de que en algunas partes del norte del Sacro Imperio Romano Germánico, así como en las provincias, municipios, diócesis y territorios de Maguncia, Colonia, Tréveris, Salzburgo y Bremen, muchas personas de uno y otro sexo, despreocupadas de su salvación y apartadas de la Fe Católica, se abandonaron a demonios íncubos y súcubos. Y con sus encantamientos, hechizos, conjuraciones y horrendas ofensas, han matado niños que estaban aún en el útero materno, lo que también*

*hicieron con las crías de los ganados, además de arruinar los productos de la tierra...*

—Santidad... —le interrumpí con voz débil y casi temerosa de despertar su ira.

—Sí, Servacio —me concedió, girándose despreocupadamente hacia mí y avanzando hasta apoyar en mi cabeza su mano derecha.

—Disculpad Santidad que os interrumpa, pero no alcanzo a comprender... No..., no puedo creer que haya personas tan malvadas y con un corazón tan negro como para llegar a cometer actos tan atroces. Es..., es decir, ¿cómo puede ser alguien tan perverso de llegar a impedir que nazca un hijo de Dios, asesinándolo incluso cuando aún permanece en el vientre de su madre?

—Joven Servacio, no me importa que me interrumpas. Es más, quisiera animarte a que lo hagas cuantas veces creas oportuno. Indudablemente —continuó diciendo, tras regalarme una amable mirada, primero de consentimiento y luego de condescendencia— tu inquietud y desasosiego solo pueden explicarse por tu corta edad y falta de contacto con la lamentable realidad que se vive fuera de estos protectores muros. Debes saber que son muchos los horrores y pecados que comete el pueblo. Pecan de fornicación y bestialismo, sodomizan, violan, roban, matan, mienten...

Mientras comenzaba esas palabras paseaba lentamente en pequeños círculos su dedo índice a lo largo de la perfecta circunferencia de mi rapada tonsura. Para cuando terminó de pronunciarlas ya no era uno sino tres los dedos con los que acariciaba mi pelo. Mi incomodidad dio paso a un inquietante silencio en el que llegué a recordar todos y cada uno de los sucios comentarios que sobre él había oído. Sobre todo cuando le oí susurrar las palabras “Sodoma y Gomorra” entre pequeños y breves gemidos.

—¿Santidad? —pronuncié, atrevido, para romper el silencio.

—¿Hummm?

—¿Santidad?

—Lujuria... promiscuidad... —siguió susurrando, ajeno aún a mi incomodidad y acariciando todavía con los tres dedos mi cálida tonsura.



—Beatísimo padre, hablabais sobre los pecados que... solo comete el pueblo...

—Sí, claro, claro...

Y girándose de nuevo hacia el amplio ventanal, retomó el tono de gravedad que había adoptado desde que comenzara su dictado, dando con ello por concluidas tanto su generosa explicación, como mi osada interrupción y, desde luego, la embarazosa e irritante situación en la que me encontré por primera vez, mientras estaba a solas con el heredero de San Pedro.

*—...Estos desdichados, además, acosan y atormentan a hombres y mujeres con terribles dolores y penosas enfermedades, e impiden a los hombres realizar el acto sexual y a las mujeres concebir. Por añadidura, en forma de blasfemia, renuncian a la Fe que les pertenece por el sacramento del Bautismo y a instigación del enemigo de la humanidad no se resguardan de cometer y perpetrar las más espantosas abominaciones y los más asquerosos excesos, con peligro moral para su alma, lo que supone causa de escándalo y peligro para muchos.*

En aquel momento el santo padre abandonó su mirada perdida hacia la plaza de San Pedro para depositarla de forma intensa, ya no en mi tonsura, sino en mi pluma de ganso.

*—Y aunque nuestros amados hijos Heinrich Kramer y Jacobus Sprenger, profesores de teología de la orden de los Frailes Predicadores, han sido nombrados por medio de cartas apostólicas como inquisidores de estas depravaciones heréticas, no pocos clérigos y laicos no se avergüenzan de aseverar, con la más absoluta desfachatez, que dichas enormidades no se practican en aquellas provincias. En consecuencia afirman que los mencionados inquisidores no tienen el derecho legal de ejercer sus poderes, por lo que no pueden continuar ordenando a las autoridades laicas que ejecuten el pertinente castigo y condena a prisión, necesarios para corregir a los criminales autores de tan atroces ofensas y de las muchas maldades que se han expuesto.*

*>>Por todo ello, como es nuestro deber, nos sentimos profundamente deseosos de eliminar todos los impedimentos y obstáculos que pudieren retardar y dificultar la buena obra de los*

*inquisidores, así como de aplicar potentes remedios para impedir que la enfermedad de la herejía y la adoración del diablo y su ponzoña sigan destruyendo almas inocentes. Y como nuestro celo por la Fe nos incita a ello, en virtud de nuestra autoridad apostólica, decretamos y mandamos que los mencionados inquisidores tengan plenos poderes para proceder a la corrección, encarcelamiento y castigo justos de cualesquiera personas, sin impedimento ni obstáculo alguno en todas las maneras. Para ello extendemos estas cartas de delegación de nuestra autoridad, de modo que alcancen a las aludidas provincias, municipios, diócesis y territorios, así como a sus personas y delitos ahora referidos. Y otorgamos permiso a los antedichos inquisidores o a cualquier otro notario publico que estuviere junto a ellos para proceder en consonancia con las reglas de la inquisición contra cualesquiera personas, sin distinción de rango, fortuna, dignidad ni estado patrimonial, para corregir y castigarles, adaptándose la pena al grado del delito. Por nuestra suprema autoridad, les garantizamos facultades plenas y totales...*

En aquel momento y mientras su paternidad hacía un breve alto para ordenar sus ideas y tomar un poco de aliento, sentí otra curiosa y nueva sensación de alarma que, al instante, hubiera sido incapaz de explicar. Pero no tardaría demasiado en comprender porqué había sentido aquel breve escalofrío: estaba escribiendo el documento por el que se otorgaban plenos poderes a dos personas, elegidas para corregir y castigar debidamente a quien consideraran oportuno y sin rendirle cuentas a nadie. Ni siquiera al Santo Padre.

*—...Y se amenazará a todos los que se opongan, intenten molestar o atemorizar a los inquisidores con la excomunión, la interdicción y todas las penalidades, censuras y castigos que éstos consideren oportunos, sin derecho alguno a apelación, pudiendo además nuestros hermanos dominicos llamar en su ayuda, si así lo desean, al brazo secular. Y si alguna persona se atreviere a hacer tal cosa, Dios no lo quiera, hágasele saber que sobre él caerá la ira de Dios todopoderoso y de los santos apóstoles Pedro y Pablo.*

Tras aquellas palabras, el silencio en la sala resultaba aterrador. A él solo se oponía el leve rasgueo de mi pluma sobre la

vitela. Con los pelos de la nuca erizados y apretando firmemente los labios terminé de escribir sus últimas palabras.

*—Dado en Roma, en San Pedro, el noveno día de diciembre del año de la encarnación de Nuestro Señor, un mil cuatrocientos ochenta y cuatro, en el primer año de nuestro pontificado.*

Tras ello, abandonó la estancia a grandes zancadas, dejándome solo con mis pergaminos y abandonándome con mis dudas y certezas, mis miedos y, desde entonces, mis nuevos temores.

# III

## LA MISIÓN

**D**espués de aquella incómoda tarde de diciembre seguí oyendo nuevas habladurías acerca de mi señor, como que altos miembros de la curia llegaron a sugerirle que exigiese a cuantos sacerdotes pecaban de nicolaísmo que abandonasen a sus amantes para alcanzar así el celibato, a lo que, me contaron, contestó que “sería difícil encontrar uno solo que no tuviera concubina alguna”. Desoyó las sugerencias.

Otras veces los rumores hacían referencia a las libertinas costumbres de alguno de sus hijos. Y con diferencia, las peores injurias se referían a su hijo Franceschetto, de quien se informó al santo Padre que había llegado a seguir a una bella adolescente hasta el interior de una iglesia de Roma. Allí decidió secuestrarla para violarla bajo el mismo altar del templo. Su Santidad decidió que era mejor ordenar el destierro de toda la familia ultrajada antes que reprender y llamar a capítulo a un hijo del Papa.

Por mi parte, y desde la tarde en que se me dictó la bula entre caricia y caricia, hube de sufrir nuevos acercamientos de mi señor Inocencio. Aunque, con suerte para mi, sin mayores consecuencias. De hecho aún sigo, tantos años después, sin explicarme porqué nunca me obligó a formar parte de sus libidinosos *juegos*.

Varios meses más tarde, y ya en el año del Señor de 1485 volvió a requerirme una vez más, como tantas otras, pero en aquella ocasión se me ordenó que acudiera a sus aposentos personales. El

miedo que me invadió paralizando mi joven cuerpo solo lo explicaba mi desconfianza ante lo desconocido. Y lo conocido.

—¡Vamos, muchacho! ¿A qué estás esperando? —me recriminó el fiel *Ceremoniere* de su Santidad, Johann Burchard, encargado en aquella ocasión de hacerme llamar, al ver que no terminaba de cruzar el umbral de la puerta que me abría. Recuerdo haber pensado entonces que en el interior de aquellas estancias se encontraba el demonio. Y me había llamado solo a mí. Y a mi solo.

—Adelante, joven Servacio —me invitó el santo Padre—. Hace ya bastante tiempo que me conoces y sabes que no muerdo.

Quería evitar pasar, pero no pude, así que hice una genuflexión desde el marco de la puerta aún abierta y me aproximé al pontífice a una distancia prudencial de cinco pasos, antes de hacer una profunda reverencia. No sé si fue fruto del pánico que me paralizaba los miembros, o si del terror que me inundó cuando el amo de ceremonias cerró la puerta de la estancia tras de mí, pero aquellas palabras me parecieron venir acompañadas de una sonrisa lujuriosa. Probablemente tampoco ayudó demasiado oír la nueva invitación, al tiempo que adelantaba la mano para que le besara su magnífico anillo de oro.

—Joven Servacio, hoy no me encuentro demasiado bien. Me temo que la fiesta a la que ayer noche fuimos invitados por el abad de San Albano ha acabado con mis, ya de por sí, escasas fuerzas. Así que siéntate ahí, al pie de mi lecho, y así podré hablar contigo sin esforzarme.

Mis dudas dieron paso a una terrorífica certeza. Y ésta al pánico. Sin darme cuenta había retrocedido de nuevo varios pasos.

—Pobre chiquillo, tú también estás pálido. Debes tener frío. Vamos, acércate más y te calentarás al calor de la chimenea. Ven, ven.

—¡No, no... Santidad! Creedme, estoy bien. Incluso... ¡tengo un calor horrible!

—Entonces probablemente estés sufriendo algún tipo de fiebre... Bien, bien, como quieras —accedió, llegando a alejar su cabeza en un gesto con que demostraba estar convencido de que la fiebre regía la temperatura de mi cuerpo y que, quién sabe, podría

incluso tratarse de algo contagioso—. Servacio... te he hecho llamar porque debes hacer algo por mí.

De nuevo sus palabras me hicieron abrir los ojos de puro terror. No sé cómo no se percató de ello el santo Padre.

—Verás, Servacio. He recibido una carta de mi buen amigo y fiel servidor fray Heinrich Kramer, inquisidor del Tirol, Salzburgo, Bohemia y Moravia...

Mientras mi señor desgranaba todos los cargos que ostentaba el remitente de la misiva, iba desplegando una pequeña vitela escrita con letra apretada, dándome tiempo a recordar cuándo y dónde había oído por vez primera aquel nombre. Sorprendido por mi propia agilidad recordé que era el de uno de los dos inquisidores a quienes se refería en la bula que me había redactado meses antes y a la que había nombrado como *Summis Desiderantes Affectibus*.

—...un amable y bondadoso dominico que ahora reclama nuestra ayuda. Parece ser que nuestro buen amigo ha tenido que soportar la pérdida de su preciado secretario, víctima de una enfermedad fatal que le priva de la visión, por lo que nos solicita la gracia de recomendarle un fraile ducho en las artes de la escritura. Y, puesto que es verdaderamente urgente que comience a redactar y concluya un trascendental tratado, Nos pensamos que bien podrías asistir tú a tan grave llamada de auxilio. Así que, sin pérdida de tiempo, deberás marchar mañana mismo hacia tierras germanas para ponerte al servicio de fray Heinrich. Mi ayuda de cámara te explicará cuanto necesitas saber acerca de lo que deberás llevarte y hacia dónde deberás dirigirte. Así que marcha con Dios.

Han pasado ya varias décadas del día en que su Santidad me anunciara la noticia de mi viaje a tierras de mi padre. De aquellos tiempos hoy ya he olvidado muchas cosas, pero nunca olvidaré la mirada de sorpresa con que recibió mis evidentes e indiscretas muestras de júbilo y alivio ante lo que terminó por ser una excelente noticia y, con ella, la ausencia de nuevas y peligrosas caricias y ligeros tocamientos a los que se empezaba a acostumbrar el santo Padre.

—Veo que te sorprende el anuncio y entiendo por tu nerviosismo que no te apetece separarte de nuestra protectora

compañía. A mí tampoco me apetece desprenderme de tus servicios *precisamente ahora* que empezaba a encariñarme contigo, pero... sin duda debo responder a la llamada de uno de mis más fieles servidores. ¡Así que no insistas, Servacio! Mañana mismo abandonarás Roma y te trasladarás al convento benedictino de San Andrés, en el Arzobispado de Colonia. Servirás a mi fiel prelado y deberás hacerlo con la misma devoción con que me has servido a mí.

Tras oír aquellas palabras, volví a ofrecer una profunda reverencia, besé el anillo papal incrustado en su mano extendida y abandoné el despacho caminando hacia atrás en la habitual inclinación que marca el protocolo. Pero estoy seguro de que aquella vez lo que dominaba mi rostro era una enorme sonrisa.

No me podía creer lo que estaba sucediendo. Lejos de sentirme apenado por tener que abandonar el puesto de honor y privilegio que había heredado como consecuencia de los diligentes servicios de mi padre, en realidad sentí cómo una desbordante alegría inundaba mi joven y aventurero corazón. Aunque, claro está, aún pesaba más el alivio de saberme lejos de su Santidad, a quien cada vez veía menos santo.

Y resultó que entre tanta lujuria, sodomía y placeres, el *bueno* del Papa Inocencio estaba además muy preocupado por la creciente extensión de la brujería en el norte de Europa. Así que allí me ordenó marchar, según me contó a continuación, al mismo convento en que se hallan enterrados los restos del teólogo Alberto Magno, una de las figuras más representativas de la ciencia de los últimos siglos, y a quien debemos grandes descubrimientos de los que también me habló. Y allí me marché, dirigiendo mis pasos hacia Alemania donde había brotado una preocupante epidemia de brujería, dejando atrás mis miedos y también sus pecados. Mi juventud e ingenuidad, darían paso desde aquel momento a una forzada madurez que conocería un destino aún peor. Yo entonces lo ignoraba totalmente, pero no tardaría en averiguarlo.

# IV

## EL VIAJE DE SERVACIO VANCKEL

**A**ún hoy se tarda de veinte a veinticuatro días para viajar de la costa mediterránea a París montado en un carromato tirado por mulas. Diez o doce días si se trata de una sola persona a caballo. Recuerdo haber oído que las caravanas de mercaderes desde Italia tardaban unos veinte días en llegar hasta las ferias de Champaña, así que lo más probable es que yo tardara aproximadamente un mes en llegar a ver las torres de la majestuosa catedral de Colonia, desde que me pusiera en marcha abandonando con urgencia Roma y mis temores. No tomé nota del día de mi llegada a mi nuevo destino, de tan fascinado que me había sentido al atravesar media Europa, lo cual no era de extrañar. La fértil mente de aquel muchacho adolescente se veía constantemente asaltada por las muchas maravillas que veía desde mi carro. Era la primera vez que salía de Roma y en cuestión de unos pocos días me iba a ver descubriendo ciudades italianas como la maravillosa Florencia o la fronteriza Milán, o más tarde Ginebra, tras atravesar los Alpes no sin fatiga y gran esfuerzo. Semanas más tarde nos adentrábamos en los límites del Imperio Germánico, una tierra muy diferente, con climas y gentes distintas a todo cuando había visto y, sin embargo, cercanas y familiares. Mi pelo rubio y mis ojos azules, herencia de mis padres germanos, me hacían pasar desapercibido entre aquellas gentes que empezamos a conocer antes ya de alcanzar Estrasburgo y las tierras del emperador Federico quien, tal y como me había informado el santo Padre antes de mi precipitada salida de Roma,



era conocido como *Rex romanorum*, o Rey de los romanos, título que no tardaría en verse sustituido por el de *Rex germaniae*.

Según me había relatado su Santidad, el papa Inocencio, Federico de Estiria, que gobernaba entonces con el nombre de Federico III como emperador del Sacro Imperio Romano, había sido coronado tres décadas antes por el papa Nicolás, quinto de ese nombre. Federico reinaba unas tierras conocidas como Germania que, sin embargo, distaban mucho de presentar límites fronterizos claros. Y es que efectivamente la Germania no representaba el caso de un estado unido y territorialmente cohesionado. El corazón del Imperio estaba integrado por una multitud laberíntica de pequeños principados eclesiásticos, como Maguncia, Colonia o Tréveris, y otros laicos, como el Palatinado, Brandemburgo y Sajonia, además de una serie de territorios prácticamente independientes, consecuencia, me había relatado el santo Padre, de años de penuria que habían hecho a muchos príncipes vender sus tierras. Ello, junto a la costumbre de distribuir a su muerte la herencia del fenecido, llevaría a la inevitable distribución de muchos principados entre todos y cada uno de sus herederos, lo que hacía que en la actualidad se encontraran en torno a veinticinco principados mayores de carácter seglar y unos noventa entre arzobispales, episcopales y de abadengo, además de un centenar de condados y un gran número de señoríos menores. A este complicado mosaico de pequeños estados y territorios hay que añadir la existencia de numerosas ciudades autónomas, muchas de ellas sin permanecer bajo la autoridad del emperador, y gozando de un elevado grado de autogobierno, que no hacían sino aumentar la sensación de descomposición política, tanto dentro como fuera de los límites del Sacro Imperio.

En teoría, me había reconocido el Sumo Pontífice, el emperador debería suponer la máxima autoridad del mundo cristiano occidental, pero ya entonces, ante tamaña desorganización de su propio imperio germánico, los otros monarcas vecinos habían declarado que les correspondía en sus respectivos reinos la plenitud del poder, extendiéndose el concepto de que *Rex est Imperator in regno suo*, al que tampoco resultaba ajeno el no menos ambicioso

papa Inocencio, haciendo todos, en definitiva, caso omiso del lema *Austria est imperare Orbi Universo*, divisa que años más tarde adoptaría el nuevo emperador romano germánico, Maximiliano, y según la cual Austria domina el mundo.

Pero a decir verdad, mientras me adentraba en aquellas convulsas tierras germanas nada de todo aquello alteraba mi ánimo, pues todo resultaba nuevo y maravilloso para mí. Verme lejos de la infectada Roma, de los vicios papales y del consiguiente riesgo que conllevaban me hacía ver cada novedad como algo fascinante. La incómoda sensación de notar a través de las sandalias los pedruscos del camino, o caminar tras los traseros de los rocines y las mulas suponía todo un reto, al ser necesario sortear (a veces con bastante poco acierto) las defecaciones y los orines con que, generosamente, iban regando el camino. Las horas subido en el carro se hacían largas y tediosas, por lo que a menudo decidía continuar el camino a pie, al igual que los dos anónimos soldados que me custodiaban. Apenas sí supe cómo se llamaban y tampoco ellos mostraron especial interés en saber mi nombre ni en conocer el motivo de mi juvenil alegría. Sin duda estaban lejos de agradecer la obligación de acompañar a un mocoso, como se empeñaban en llamarme y, sobre todo, de alejarse dos meses de la ruidosa y pecaminosa Roma en la que, por lo visto, les aguardaban todo tipo de vicios y libertades.

Fue a la llegada a la ciudad de Maguncia, habiendo seguido el curso del caudaloso Rhin, cuando en una posada (de las muchas que visitamos a lo largo de las últimas semanas) se nos informó que en la siguiente ciudad, en Coblenza, se nos uniría un nuevo acompañante, con quien deberíamos realizar el último trayecto de nuestro camino. El posadero ignoraba para qué debía acompañarnos, pero al ver que nos instalaríamos en su casa dos caballeros italianos bien armados y un joven fraile, no tardó en darnos el mensaje por el que le habrían pagado algunas monedas.

—Señor —me dijo al reconocermelo como el interesado, y por cierto con bastante poco respeto—, solo puedo decirles que el nombre de ese fraile seboso es fray Remigio, y que si aún no habéis oído hablar de él, no tardaréis en hacerlo.

El jocoso comentario del posadero mientras secaba con un trapo unas jarras de metal levantó las sonoras risas de algunos de los alcoholizados parroquianos que le acompañaban al otro lado de la barra. Yo no podía dejar de mirar aquel sucio trapo con más mugre que el trasero de las mulas que me habían acompañado en mi travesía, y de preguntarme si era el único en apreciar que aquellas jarras distaban, pues, de estar más limpias que antes de ser frotadas con él.

Y también me preguntaba por qué se reírían aquellos hombres cuando oyeron hablar del tal fray Remigio. Pero solo tardaría unos días en comprenderlo.

Días después, tal como nos había indicado aquel posadero, al llegar a Coblenza nos dirigimos a la posada *El Reno Borracho*. Como bien indicaba su nombre, allí parecía que hasta los astados hacían su ritual parada en busca de un reconstituyente con que olvidar su condición de cornudos. Y, claro está, tras conocerle comprendería que no había podido faltar a tan atractiva cita fray Remigio, nuestro próximo y nuevo acompañante. No por llevar cornamenta, sino más bien por no perderse la oportunidad de consumir alcohol a bajo precio.

—Debe ser ese monje que lleva dos días durmiendo —nos respondió el responsable de la posada al instalarnos y preguntar por el fraile—. Llegó hace casi una semana y, tras pagar por adelantado su estancia y la vuestra, desapareció durante tres días para terminar apareciendo acompañado por dos desconocidos que lo traían a rastras y sin ningún miramiento. Lo más seguro es que le saquearan la abultada faltriquera con que salió al poco de instalarse. Los muy rufianes debieron aprovechar su borrachera para vaciársela, porque cuando yo se la miré allí no quedaba más que el olor de las monedas.

Me resultó curioso que el posadero me contara la afición de aquellos dos anónimos acompañantes del fraile por su supuesta saca sin darse cuenta de que, para todo el que le oyera contarle, él también aparecía como un posible ladrón de las monedas de una pobre víctima en estado ebrio. Pero como no estaba en mi mano resolver quién podía haberse hecho con la talega del pobre incauto,

opté por hacer como que le creía, al tiempo que adoptaba la expresión correspondiente en conmiseración por el cándido religioso.

Poco después, tras averiguar donde debía estar el religioso durmiendo la borrachera, decidí ir a despertarle para presentarme y animarle a reanudar el camino hacia la ciudad de Colonia. Y fue entonces cuando descubrí que aquel mal monje, de pobre, incauta y cándida víctima, no tenía nada de nada.

A medida que iba subiendo, los ronquidos se oían desde las escaleras, amortiguando el crujido de los gastados y estrechos escalones de madera. Cuando abrí el pesado portón remachado de la habitación, el ruido ya era atronador. Al entrar, lo primero que llamó mi atención fue el fétido olor a rancio y a alcohol de pésima calidad que inundaba el cuartucho en que seguía durmiendo el fraile. Las persianas estaban cerradas y el ambiente, espeso, cálido y cargado, echaba para atrás. Finalmente, cuando mis ojos se habituaron a la oscuridad reinante en la habitación, reparé en él, fray Remigio.

Al principio solo parecía un bulto, un inmenso fardo depositado de cualquier manera sobre el pequeño y arqueado camastro, que parecía a punto de partirse por la mitad en cualquier momento, pero al abrir de par en par las pequeñas persianas de los ventanucos, un gran chorro de luz pasó a iluminar la congestionada estancia y a la bestia que allí se hallaba.

—¡Maldito posadero! —gritó una voz ronca, inmediatamente después del ronquido final—. ¿Vienes acaso a robarme mis sandalias? Debería bastaros, a ti y a aquellos dos, con las monedas que me habéis quitado mientras dormía.

El fraile se había puesto sobre la cabeza la sucia capa que instantes antes tenía debajo, intentando con ello amortiguar la intensa luz que le daba de lleno en la cara. Fue por ese motivo por el que no se había percatado de que era yo y no el mesonero quien le había interrumpido el sueño.

—Creo que vuestro nombre es fray Remigio —dije yo, iniciando así mi disculpa y presentación y haciendo verdaderos esfuerzos por no vomitar ante el pestilente olor que dominaba en aquel diminuto cuarto—. Hermano, perdonad mi intromisión y la irrupción en vuestra

estancia, pero debo hablaros sin demora. Permitidme que me presente, mi nombre es Servacio, Servacio Vanckel, y soy el enviado de su santidad el Papa Inocencio para encontrarme con fray Heinrich Kramer, inquisidor del Tirol, Salzburgo, Bohemia y Moravia y...

—¿Servacio qué? —me interrumpió quitándose lentamente la capa de la cara para observarme con unos pequeños y legañosos ojillos. Obviamente aún luchaba por desasirse del cálido abrazo de Morfeo.

—Servacio Vanckel, señor.

—Ah sí, el joven novicio... Ya. ¡Habéis tardado mucho en llegar, muchacho! —tronó, aunque sin ocultar que se trataba más bien de una defensa que de un ataque.

—Bueno, a juzgar por vuestro estado, veo que no os habéis aburrido esperándome —me atreví a responder. Mi irritación era obvia y ambos éramos conscientes de la vergonzosa situación en que le había conocido.

Ahora, sin manta ni capa sobre la cabeza, semidesnudo, despeinado y sucio, aquel monje parecía más bien un tabernero: tenía una cabeza inmensa y el rostro congestionado, al que delataba su gran nariz roja y casi a punto de estallar. Con solo mirarle quedaba clara su afición por el vino poco aguado. Pero si lo que se debía usar era el olfato, le delataba antes que nada el inconfundible olor amargo de su sudor.

También pensé que si algo definía a fray Remigio era sobre todo su obesidad. Se trataba de un monje gordo como un odre hinchado. Se movía con lentitud, con los ojillos semicerrados por la luz y no paraba de rascarse el poco pelo que le quedaba. De hecho compensaba su calvicie con frondosos mechones de pelo grisáceo que tanto salían de algunos puntos de su enorme cabeza, como de las orejas, e incluso de la nariz, semejando en este caso un ridículo y ciertamente repugnante bigotito.

Debía rondar los cuarenta y cinco años, aunque rodando por aquel sufrido catre, e intentando incorporarse con escaso éxito, recuerdo que más bien me dio la sensación de que aparentaba pasar los sesenta.

—Bueno, pues sí, mi nombre es Remigio, fray Remigio de Metz, pero... ¿os vais a quedar toda la mañana mirándome o pensáis ayudar a este pobre monje a incorporarse?

—Claro —respondí presto mientras le ayudaba estirando de su sudado brazo con una mano y al tiempo que aferraba desafortunadamente su axila con la otra. El asco que me produjo la humedad que allí hallé se tradujo en una reprimida arcada—. Lo de *pobre*, además, lo diréis porque, según habéis dicho, os han desvalijado, ¿verdad?

—Oh, no, no. Permití que aquellos hombres que me acompañaron a esta habitación se hicieran con unas pocas monedas que me quedaban en este saquito. De lo que no se percataron fue del momento en que las recuperaba ¡y con creces! Hoy aún deben estar buscando las otras monedas y saquillos que llevaban colgando de sus cinturones, sin sospechar del monje ebrio al que habían robado ellos, sin duda espoleados por ese ambicioso mesonero.

Y guiñándome uno de sus pequeños ojillos fue como zanjó el tema pecuniario y como empecé a percatarme de que, tras aquella patética y zarrapastrosa imagen, había mucho más que un orondo monje aficionado al vino.

Cuando bajé para dejar que se vistiera, agradecido de poder abandonar aquel cuartucho maloliente y cargado, me tropecé con uno de los dos soldados que me habían acompañado desde Roma. Por lo visto el posadero le había puesto al día sobre quién era nuestro nuevo acompañante.

—¡Por lo visto el tal Remigio gusta tanto del mal vino como de las buenas mujeres!

El tono con que me anunciaba la noticia era jocoso y no exento de cierta reprobación, como si yo tuviera la culpa de que hubiera escogido a un mal fraile para acompañarnos en el último trayecto de nuestro camino.

—Será él quien deba rendir cuentas ante el Señor.

—Claro, claro... —intervino el otro soldado, no con menos burla—. La duda que tenemos es si todos los monjes termináis pecando de igual manera y de los mismos vicios... ¿Vos, joven

amigo, también fornicáis con rameras pese a vuestro voto de castidad?

—¡Quien esté libre de pecado, que lance la primera piedra! —terció ahora fray Remigio, quien a pesar de su volumen se había movido ágilmente para bajar sin que nos percatáramos de ello—. O mucho me equivoco, joven soldado, o vos también gustáis a menudo de pagar por un cuerpo cálido, ¿no es cierto? Sin duda, el placer que se obtiene del cuerpo de una mujer sigue siendo, con el comer y el beber, el único bien que vale la pena buscar en esta vida.

Y diciendo esto, sin más explicaciones, salió a la bulliciosa calle de Coblenza llevándose el silencio por respuesta como ocasional compañero de viaje. Pensé que debía acompañarle y tratar de averiguar algo más sobre fray Heinrich Kramer, pero desistí al ver que cruzaba la calle con sorprendente agilidad y con un pequeño saquillo de monedas atado al cinto. Sin duda no tardaría en darle una utilidad práctica a aquel dinero, convirtiendo el sólido en líquido en la taberna más cercana.



## FRAY REMIGIO DE METZ

**D**o olvido que justo al comienzo de este relato he prometido hablarles de algunas de las magníficas personas que conocí a tan joven edad. Otras muchas resultaron no ser precisamente tan maravillosas, pero en todas ellas he encontrado o bien maldad o bien bondad, amor u odio, virtudes o defectos, e incluso, a menudo, ambas cualidades juntas. Y todo ello ha hecho de esas personas y cuantas cosas viví con ellas las causantes de la forja de una personalidad hoy ya curtida y curada de espantos. Pero es sin duda, la personalidad de Dulcie la que más me ha marcado, la que mayormente ha influido en mí, y a quien más he llegado a amar a lo largo de los muchos años que me han tocado vivir en este mundo tan cruel como maravilloso.

Dulcie, la mujer más hermosa de cuantas he conocido y de cuantas pueda conocer todo hombre. Como sugiere su nombre, un ser dulce y delicado, pero también fuerte y tenaz. La mujer de la que me enamoré perdidamente nada más conocerla. Me fascinaron sus bellísimos ojos de un hermoso verde claro. Me fascinó su suave y brillante cabello de un rubio cegador, su blanca y casi nívea piel y, en definitiva su porte angelical, puesto que, de hecho, fue lo que pensé en el mismo instante en que la conocí: es un hermoso ángel que el mismo Dios ha hecho bajar a la tierra para guiarme, para enamorarme, para regalármelo. Pero no tardé en percatarme que aquel ángel no me podía pertenecer. Al menos no solo a mí, puesto que ya pertenecía al señor a quien iba a servir, el inquisidor Heinrich



Kramer... y a muchos hombres más. A todos ellos pertenecía, de muchos más había sido y de tantos otros más sería en lo sucesivo. Dulcie, que en aquel año de 1485 contaba con solo algunos años más que yo y algunos menos de veinte, había sido prostituta desde los trece años, un triste oficio al que se seguía dedicando entonces y del que no podría desprenderse hasta su muerte.

Hoy solo lamento no haber logrado en su momento el poder suficiente y necesario para apartarla de aquel camino, de su tortura y del desgaste que conllevaba y que, de hecho, acabó por llevársela. Nunca pude apartarla de cuantos hombres, sucios, impropios y pecadores quisieron probarla, aprovecharse de su inocencia, saborear su piel inmaculada, mancillar su honor y escupir sobre su honra. Hube de soportar cómo mi dulce amor, la hermosa muchacha de la que estaba perdidamente enamorado, se veía en la obligación de satisfacer los más bajos y asquerosos instintos del ser humano, de auténticas bestias, de alimañas desprovistas de escrúpulos y, al tiempo, dotadas de inhumanas dosis de brutalidad.

No pueden jamás llegar a imaginar el dolor que se instaló en lo más profundo de mi corazón en el mismo instante en que la conocí, formando desde entonces parte de mis entrañas. ¡Qué ingenuo era yo entonces! De no ser porque conocí a aquella muchacha ejerciendo tan antiguo oficio, hubiese creído ver más bien un ángel que una mujer.

Pero no anticipemos los hechos. Aunque en breve pasaré a hablarles de la auténtica protagonista de esta cruel historia, antes debería decirles que tras una nueva borrachera, y a los dos días de haber llegado a la ciudad de Coblenza, mis dos soldados custodios, mi nuevo (y aún ebrio) acompañante, fray Remigio de Metz, y un servidor nos pusimos en marcha hacia nuestra última parada, la majestuosa ciudad de Colonia.

Fue durante aquellos breves días de agosto cuando pude conocer algo más, no solo sobre fray Remigio, sino también sobre aquél que había solicitado al santo Padre la presencia en tierras germanas de un nuevo escriba, el inquisidor Heinrich Kramer.

El primero, entre borrachera y borrachera alternaba momentos de gran lucidez con otros de profundo desasosiego, sin duda como

consecuencia de sus muchos excesos. Era una persona increíblemente inteligente, culta y dada a compartir su amplia sabiduría con alguien ávido de conocimientos y nuevas experiencias, alguien como yo.

Fray Remigio de Metz era el monje sacristán del convento benedictino de San Andrés de Colonia, encargado de los tesoros materiales y espirituales de la iglesia, lo que comprendía las reliquias, el claustro y el cementerio. Es por ello por lo que se le llamaba a menudo *Thesaurarius, Custos sacrarum reliquiarum et ornamentorum* o también *magister tumbae*, por ser el custodio de la tumba de Alberto Magno, el tesoro máspreciado de la basílica cenobítica.

—Todos mis hermanos me envidian por ello —me dijo en cierta ocasión—. Desearían que muriera o que fuera oficialmente destituido de mi cargo como depositario de esa responsabilidad. Pero solo por ver como se agrían sus caras con el paso de los años sin que Dios me llame a su lado, ¡ya merece la pena vivir!

Era fácil reír a su lado, escuchándole. Sin embargo toda risa se desvanecía en el viento cuando tocaba hablar de fray Heinrich Kramer.

—Al principio, yo creía fielmente en ese inquisidor —empezó a relatarme fray Remigio—, un fraile que me parecía absolutamente justo, recto y un buen cristiano. Todo cuanto hacía lo estimaba como guiado y encaminado por orden del Espíritu Santo. Pero no tardé en percatarme de sus errores y abusos. No puedo culpar a esa alimaña de mis vicios y pecados, pero siempre he sido consciente de que aumenta mi embrutecimiento a medida que se revela la verdadera personalidad de ese *Canis Domini*.<sup>1</sup>

Durante dos largos días estuvo fray Remigio hablándome del inquisidor. Entonces no alcancé a comprender que lo que hacía mi nuevo amigo era, sin duda, prepararme para lo que me esperaba en Colonia. Ahora, tantos años después, veo claramente que lo que en

---

<sup>1</sup> Popular juego de palabras entre *Dominico o Domini Canis* como religioso perteneciente a la orden fundada por Santo Domingo, y *Canis Domini* o Perro del Señor. (N. del A.).

verdad pretendía mi orondo compañero era que me diera la vuelta y emprendiera camino de retorno a mi protector origen.

—Ese vil reptil —empezó a describirle— es también conocido con el apellido latino de Institoris. Nació hace unos cincuenta y cinco años en Schlettstadt, Alsacia, al sudeste de Estrasburgo. A edad temprana ingresó en la Orden de Santo Domingo y luego fue nombrado prior de la Casa Dominica de la ciudad que le vio nacer. Fue predicador general y maestro de teología sagrada. Hará unos diez años que se le designó inquisidor para el Tirol, Salzburgo, Bohemia y Moravia, y unos cinco que fue nombrado por su santidad Sixto IV como inquisidor para toda la Germania superior. Allí ejerció con rigor su cometido, luchando tanto contra las desviaciones doctrinales de ciertos clérigos como, sobre todo, contra la brujería. Constanza e Insbruck fueron testigos de su rabioso celo. Tanto fue así que, en cierta ocasión, como consecuencia de su implacable persecución, el obispo de Insbruck debió intervenir, dejando en libertad nada menos que a cincuenta mujeres, supuestamente *sospechosas* de brujería. Aquello le alejó momentáneamente de su lucha activa, pero no me cabe duda de que, a su manera, aún continúa su particular batalla. De hecho, tengo entendido que vuestra presencia aquí se debe a que desea redactar un manual, un enorme tratado de enseñanza y adoctrinamiento para el perfecto inquisidor.

—¿Qué queréis decir con eso de *perfecto inquisidor*? A priori un inquisidor se entiende como alguien recto, justo y cabal que...

—No, niño, no. Ya veréis como desgraciadamente no es así. Fray Heinrich es cruel, vengativo y venenoso como una serpiente. Para él, el perfecto inquisidor es quien detecta, juzga y condena al hereje o la bruja sin dejarse engañar por supuestas habilidades demoníacas, y sin dejarse convencer por la piedad ni la debilidad humanas. Sobre todo ello pretende hacer su gran tratado y para ello has sido llamado a su lado. Su anterior secretario, nuestro hermano fray Germán sufre del mal de ojos lechosos y ya no puede escribir ni ejercer como amanuense, a lo que se ha dedicado durante más de

cincuenta años. Es por ello por lo que *El Mercader*<sup>2</sup> os ha arrebatado de vuestro cálido nido en Roma.

Estuve tentado entonces de contarle que no era precisamente un *cálido nido* la ciudad de la que venía, sino más bien todo lo contrario, pero decidí callar y seguir escuchando cuanto me relataba mi voluminoso acompañante.

—Lo más curioso del caso es que parezco ser yo casi el único que se percate de su maldad. De hecho, cuenta con poderosos amigos como su santidad el Papa. Su elocuencia en el púlpito y su incansable actividad represora han sido reconocidas por Roma, convirtiéndole incluso en la mano derecha del arzobispo de Salzburgo.

—¿Es posible que seáis vos el único en conocer la verdadera identidad de alguien que supuestamente es tan malvado?

No estoy seguro de si percibió el inevitable tono de duda con que revestía mis palabras. Aún no había llegado a conocer a mi nuevo señor y quería tener la oportunidad de formarme mi propia opinión sobre él. Y, desde luego, me parecía mucho más probable que fray Remigio estuviera exagerando, si realmente era él el único en percatarse de tan maligna personalidad.

—Bueno, alguien más se ha percatado de todo ello, alguien que cuenta con mi absoluta confianza y que conoceréis en breve. Y sí, además de esa persona, tan solo yo conozco la auténtica naturaleza de nuestro prior y, claro está, esa desgraciada muchacha a la que llaman Dulcie. Posiblemente lleguéis a conocerla algún día. ¡Que os relate ella entonces sus desventuras al lado de esa alimaña!

Es curioso, ahora me doy cuenta de que aquella fue la primera vez en que oí hablar de un ángel llamado Dulcie. Y la primera también en que me hablaron de un demonio. Su nombre era Heinrich Kramer.

---

<sup>2</sup> Kramer, en alemán, significa mercader (N. del A.).

